

EL MUCHACHO

JENS BÜCHER

Para Jennifer

El Muchacho
Jens Bücher
2005
Der.Res.: Jens Bücher
Nº Inscripción: 195740
Santiago, Chile
www.persona.cl
www.bucher.cl

Grandes arcos cubren tus párpados,
las cejas hirsutas
casi esconden tu mirada
hacia el valle delante de ti -
serio observas el lento ir de la tarde,
el cambio de luz, la brisa, el camino.

Te has apartado de mujer y niños,
de tus amigos en caza y juego,
te has alejado
presionado por ese algo en el pecho,
por ese gusto amargo en la boca,
por sentir lo nuevo
que madura incierto
en las manos o en la vista o en el oído,
eso nuevo incierto
que se mueve y viene.

Miras, esperas, dejas que sea.
Pájaros se persiguen,
animales cruzan entre árbol y arbusto,
la brisa se aquieta
en pausas largas más y más.

Tal vez te echan de menos
atrás junto a la encina,
quizás los niños quieren
que vuelvas ya.
Pero tu mirada
no quiere soltar el valle,
insiste en quedar
en lo amargo del gusto,
en la luz ahí delante,
en el silencio maduro
de eso incierto
que no encuentra voz.

-
Has vuelto al fin.
En medio de la familia
te sientes extraño,
de a poco entibiando el corazón,
en las manos olvidando el valle
y ahora tocando niño y mujer.

En la oscuridad de la noche
van las imágenes del valle
por tu mirada de ojos cerrados,

siempre casi ensamblando en patrones,
pero levemente desplazados de nuevo,
casi, casi diciendo lo esperado
y de nuevo
fluyendo en colores y tiempos,
casi tartamudeando,
ahora sí, ahora no,
tu valle querido.

Has inventado tanta cosa, por dios,
y mejoraste aquí y allá
tazas, platos, el fogón encerrado,
botas, carbones, tierras de colores,
el techo entre los árboles,
las piedras de tallado,
has mostrado estrellas y vientos,
el ir de las manadas,
si donde has puesto tu atención
algo distinto salió a la luz,
de tu paciencia, de tu cariño
emergió tanta cosa más fácil,
que ahora, quién lo recuerda,
el pasado sin ti, vivir es distinto.

¿En qué andará ahora tu corazón?
¿Será la bondad, los niños, sanar?
¿Será un flujo de la vida,
lo sacro, la gracia, o gratitud?
¿Quizás será la duda,
quizás lo dulce del amor?

O es el silencio
que madura lo inesperado
en tu corazón inquieto,
la noticia que expresa por fin
lo de todos los tuyos.

Quién sabe.

Juegan en torno a ti, gritan,
piden tu atención, ríen, corren,
y tú vas quedando atrás.

¿Quién te hizo tan serio?

¿O es tu corazón
la fuerza que atrae, muta y suelta encantada
la nueva realidad?

¿De cuántas lluvias está hecha tu felicidad?
¿A partir de cuántas ganancias
se deprimió tu alma?
Quizás tu sufrimiento
hizo crecer los árboles junto al río,
o la desolación nutrió
la dulzura de los amantes.

Entonces eres quien transforma, tal vez,
quien dibuja contra la roca
ciervo o caballo
pastando o huyendo,
quien reza el sentir invisible
de todo lo visible,
el cantor que expresa consciente
y crea de nuevo
lo que ya ha sido una vez.

¿Eres tan solitario como pareces?
¿O es tu vida transformadora
un prolongado orgasmo con tu mujer,
una penetración enamorada
de todo cuanto hay,
el compromiso viril último, engendrador,
incapaz de toda soledad?

Tu bosque está hecho de reverencia,
de distancias que unen,
de un amor que todo lo sostiene -
estos tus pasos solitarios
que van hacia ella o de ella te alejan,
cual ella fuese un centro,
el centro de tu vida creadora.

Pareces solitario en tu adulta seriedad.
Pero, claro, cómo podrías serlo.

Llevas tres días ya
 perforando estos huesos
 con tus manos toscas y fuertes.
 Soplas, perforas, ensayas,
 perforas en busca del tono,
 en busca de lo limpio al oído.

Alguien antaño
 te mostró el invento
 y tú no olvidaste.

Has pasado tu vida
 imaginando el juego de tonos,
 las cadencias, el imitar del corazón.
 ¿Qué quieres expresar?
 ¿Decir el viento
 sobre las olas en verano,
 o furioso en invierno
 cuando remece los árboles?
 ¿Anhelos, renunciadas, conquistas?
 Y soplas de nuevo.
 ¡Ahí, ahí!, casi fue trino,
 jugando, mira, emergió en tonos
 la insistencia de tu corazón hambriento,
 la marca de tu seriedad enamorada,
 el ritmo de tu ir conquistador.

Pero mirando hacia atrás ahora,
 por encima de estos tus días ocupados,
 de cuán lejos vino todo esto.

¿No fue tu abuelo
 quien te dijo los primeros tonos
 en su flauta de tres hoyos?
 ¿Y quién fue el abuelo de él?

Desde lejos.
 Un linaje de enamorados.
 Estatuillas, pinturas, tonos.
 Tejedores del sufrir y de la dicha,
 pacientes poetas
 de silencio y gestos,
 amantes de todo lo que es,
 qué privilegio
 saber de esta historia
 y en tus cejas sobresalientes
 intuirlo hacia tus descendientes,
 claro, qué bello.

Emigraste antaño
de entre quienes fueron los tuyos,
expulsado expulsante.
No más un día, y te fuiste.
No más juegos de poder,
de odios y ritos,
de culpas y maniobras, lejos,
querías estar lejos
de palabras a espaldas,
de caras torcidas
y de miradas coludidas.

Sufriendo te fuiste,
lentamente
sufriendo
te fuiste.

Buscaste espacio
para querer y
ser querido,
para callar y crear.

De entre los tuyos
te fuiste, lentamente.
Y de tu sufrimiento emergió
este espacio de paz aquí
en tu nueva familia,
este espacio de paz
con que inundas cuando miras
con tus ojos claros.

Vienen a ti, desde lejos vienen a ti,
por hierbas,
por una mano sobre el vientre,
vienen a decir y a escuchar
y te traen recuerdos y cariño.

Creen que sanas y te buscan.
Te confían pedazos de sus vidas y se van.
Te cuentan su sabiduría,
su generosidad y sus quebrantos.
Se levantan y se van, nuevos, más fuertes,
y creen que fuiste tú.

Ves y callas.

Pero en tus oídos después
vas componiendo
los caminos del corazón,
las lágrimas, las sonrisas,
los tonos del alma
cuidadosamente
emergiendo del fondo silencioso.

Tam, tamtam,
 tam, tamtam,
 tam, tamtam -
 chicas hipnotizadas,
 chicas concentradas,
 un giro, otro giro,
 tam, tamtam,
 los brazos abiertos
 en lento ascenso,
 el pelo, tamtam,
 el pelo, tamtam,
 las caderas en giro,
 tam, tamtam,
 sus ojos encantadores,
 tam, tamtam,
 pudor y dulce fuego
 transformando tu tambor
 en vino
 que embriaga corazones.

Tam, tamtam,
 muy adentrada la noche,
 tam, tamtam,
 chicas elegidas,
 chicas conquistadas,
 de tu tambor
 emergen historias,
 encuentros felices
 entre ayer y mañana,
 tam, tamtam,
 avanzando hacia más y más,
 cauces, corrientes,
 ríos persistentes e inquietos,
 tam, tamtam,
 más, más,
 ritmo inacabable
 en corazón y valle,
 tam, tamtam,
 chicos y chicas,
 hoy hacia más y más,
 hoy de nuevo
 hacia más, hacia más,
 tamtam tu humilde tambor,
 tamtam tus manos seguras,
 las chicas
 hipnotizables hipnotizadas

y sus vinos de dulzura
tam, tamtam
hacia más y más.

Ahí estás, mirando
por debajo de tus cejas grandes
la lontananza de mil verdes,
entretejiendo las blandas historias
de un corazón que no para,
los anhelos, los recuerdos,
las olas y mareas de la sangre,
mezclando gratitud y felicidad,
pérdida y pena,
hilos poderosos
de un tejido aún desconocido,
tu mirada despierta
diciendo reverencia
hacia los verdes lejanos,
una sinfonía naciente
desde tu ladera del cerro,
este flujo voluptuoso
en tus oídos musicales.

Todo rima en ti, voz, andar,
tus piedras, los carbones y las grandes figuras,
en todo se dice de igual manera
la claridad de tus ojos,
la inocencia de tu tiempo intenso,
la fuerza con que dejas que todo sea.

Está también bajo el techo,
en los útiles que hiciste,
este tu impulso a ir con el tiempo,
a no frenar lo que viene
y ya está en medio de tus horas.

Está en tus hijos, en sus juegos,
en su curioso preguntar,
está tu estilo, tu experiencia,
y en tu mujer cuando piensa en ti,
tu permanente ir,
tu ir sin descanso
hacia la expresión de quien eres
tan convencidamente.

Tamtam, tamtam, tamtam
va tu tamborcito
- frenético -
corriendo hacia el futuro,
quién lo baila,
tamtam, tamtam, tamtam
tus manos ligeras
- frenéticas -
asustado asustando,
el baile desconocido.

Tamtam, tamtam, tamtam
las voces del corazón
explotando
su fuerza enamorada,
quién se atreve,
tamtam, tamtam, tamtam
chicas y chicos
- rápidos -
ahora lo pueden,
sí que lo pueden,
el baile veloz.

Tamtam, tamtam, tamtam
hacia el bosque
entreabierto
va el ritmo poderoso,
giros y golpes,
tamtam, tamtam, tamtam
enamorados amantes
hacia el bosque
va la explosión
del corazón agitado.

Tamtam, tamtam, tamtam
tamtam, tamtam, tamtam
tamtam, tamtam, tamtam
tamtam, tamtam, tamtam

Entre los pinos
miras hacia lo alto
siguiendo el perfil
de sus troncos elegantes,
hacia la luz delicada arriba
apenas visible
en el cielo distante.

Y con la mirada
atenta hacia la altura
percibes el aire
entrando erguido
a tu cuerpo
despierto.

Recuerdas de niño
observar la lluvia
caer desde las nubes
a tu carita
sorprendida.

O hacia el futuro
imaginas subiendo
tus convicciones
queridas.

De pie,
erecto,
como rezando.

Cuando juegas con tus hijos
ya ves quiénes serán
cuando grandes,
sus estrategias, sus tácticas,
sus preferencias llenas de ganas,
sus modos inocentes
de ir al encuentro
del día desplegado.

Ordenan y dejan ser,
crean, osan,
coquetean y aprenden,
hacen alianzas
y estudian,
riendo van
y se dan.

Pero tu mirada
una vez y de nuevo
vuelve al entorno peligroso,
a ver si son seguros
los minutos sueltos,
si valen otro más.

Quieres verlos perdurar,
que nada interrumpa
su vulnerable crecer,
y puedan de adultos
- mañana -
expresarse como tú.

Sufrir
es como greda en tus manos,
apretando juegas
con su plasticidad vulnerable,
giras y retomas,
nuevas formas de la misma pasta,
figuras del sufrir
que se expresa
ahora entre los dedos sensibles.

O
es como sonidos en el oído,
como un ritmo espiritual
de todo lo perdido,
de todo lo que no ha sido ya,
melodías inocentes entrecruzadas
en los golpes de tu tambor,
flujos musicales
llenos de tu sentir
ahora apesadumbrado.

Mirando
hacia la distancia
de tu valle querido
se mezclan
imágenes de ayer y mañana,
un gran querer
de lo que no está
pero que llegará
si ahora no cejas.

Ha sido tu vida así -
allá desde tu días de niño
hasta ahora
en la infancia de tus propios niños,
un querer sentido y fuerte
en el pecho juvenil,
un mirar hacia delante
por encima de lo dado,
hacia lo difícil, hacia lo nuevo,
osando, haciendo, errando,
creando lo obvio,
la manta de cuero,
el cuchillo de piedra, el plato,
tu tambor afinado,
siempre más,
siempre lo desconocido,
como rima de tus horas,
entrecortada tu seriedad
por horas oscuras
que nunca quieren terminar alguna vez,
o por risas alegres
que dicen más de ti que todo lo otro,
hacia el futuro
desde hoy,
desde tus cejas oscuras,
desde tus horas intensas
en todo lo que eres.

Bajaste al valle
y seguiste el curso
hacia la playa distante,
tu hijo de cerca
siguiendo tus pasos.

Asombrado
saltando detrás de ti
fue preguntando
menos y menos cosas
y pronto calló.

Jugaron horas
en las olas
saladas
tomándose y soltando
y siempre riendo.

De noche
parecía soñar,
madurando quizás
las olas grandes
y la sal.

Apoyaste la cabeza
en su pelvis adorada,
y observando las estrellas
te estuviste asombrado
mirando y mirando.

Después de una lluvia
es más clara
la profunda distancia,
está cerca lo lejos,
casi como ahí.

Quizás
construyes con tu tambor
un paseo musical
al centro
de la noche querida.

O
el ritmo de los golpes
te hace más fácil
decir la belleza
profunda.

Nunca
supiste resolver
la convivencia junto a la pandilla,
no quisiste nunca
entrar a jugar
sus juegos astutos,
el uno contra el otro,
nunca entendiste el placer
de vencer al asustado,
de salir airoso
de la pérdida del otro.

Te fuiste.
Habiendo tanto que vencer
para que todos venzan.
Saliste a la llanura,
a la distancia solitaria
llevando a los tuyos
entre bosques
de sorpresa,
de peligros desconocidos
y de olores inmensos
de pánico o dulzura.

Emigraste hacia la luz
durante esas semanas estivales,
cruzaste colinas,
seguiste senderos de animales,
casi intuyendo ya
tu futuro querido valle.

Lo supiste allí arriba,
cuando se abrió
ante tus ojos atentos
el paisaje amplio, verde, casi infinito,
este es el lugar
de caza y vida,
amor y juego.

Excitado bajaste
hacia lo ignoto,
parecías ya saber
tus años de frutos por venir,
las muchas cosas por hacer,
las ganas de ayudar
y los golpes a dar
a tu pequeño tambor de cuero.

Enamorado
cruzas las horas del día,
vas a la piedra,
al cuero o a la lanza,
sales a buscar o recoger,
juntas o juegas,
el corazón entregado
al despliegue del presente,
caliente, entretenido,
todo es música
en tu piel sensible,
todo es olor
a tu conciencia despierta,
todo es luz
a tus ojos abiertos -
y al cerrarse
tu vista en la noche
la dulzura del sueño
te derrite en gratitud,
muchacho feliz.

Ágil, hacendosa, alegre,
cuán confiada se entregó
a tus caminos inusuales,
a tus intuiciones
o a la dirección que elegiste
de entre todos los tiempos.

Admiras su belleza,
su vientre, sus ojos,
sus manos diligentes
corriendo sobre las mil cosas
con que hace fácil y bello
vivir y respirar
o atender a los niños.

Sorprendido vas a su lado,
tratas de entender
su naturaleza distinta,
su sentido femenino,
y cuando crees que lo logras
ya no es,
lo nuevo te sorprende
y no sabes.

Pero tendidos al sol
o en la oscuridad de la noche
la abrazas sapiente
y ella
contiene tu fuerza -
hasta abrirse entregada
como lo hace de día
el valle a tu vista.

De a poco
han venido a tus parajes
los tranquilos,
en parecido ánimo al tuyo
salieron de entre los suyos,
y ahí viven ahora,
y las mujeres gozan juntarse
e intercambian y ríen,
y tu haces amigos con ellos
y se confían.

Donde antes
merodeaban fieras
hoy juegan niños,
donde en los bosques
oías pájaros y grillos
hoy suena tu tambor
en música o danza.

Amistad.
La selva es distinta
en tu corazón sorprendido,
la caza es fácil
y los niños juegan
juegos nuevos
entre todos ellos.

Has mirado incansable
esta naranja a medio comer,
qué haces, qué piensas,
tu mirada paseando intrigado
por encima del brillo repleto
de la ácida dulzura,
pensando, meditando,
gozando el color de la cáscara,
este el color de tu corazón,
de tus convicciones
más alegres y fuertes,
el color de vida y placer,
de salud y fuerza,
color nacido en su luz
como desde tu propia intimidad,
porque cómo puede ser tan tuyo
sino siendo tú mismo –
o lo amargo o lo dulce,
quién sabe qué te tiene ahí
dejando que el tiempo
pase arriba de tus manos
como las nubes primaverales
arriba del pasto, de los arbustos
y de tu tambor ahí a tu lado.

Tamm, tamm, tamm,
tatattamm, tatattamm,
tu tambor de nostalgia
o de dulces amores
va girando y girando
su mensaje de aire,
tatattamm, tatattamm,
y de gracia coqueta
tatattamm, tatattamm,
retenida a veces,
tamm, tamm, tamm,
y de nuevo fluyendo
tatattamm, tatattamm,
invitando a venir,
las muchachas calladas,
los muchachos atentos
lentamente llegando,
es un baile, es música,
o será poesía,
tamm, tamm, tamm,
tatattamm, tatattamm,
este nuevo sonido
enseñando los giros
femeninos y dulces
a caderas graciosas,
tamm, tamm, tamm,
tatattamm, tatattamm,
tu tambor juvenil,
tu tambor adorable,
tamm, tamm, tamm,
tatattamm, tatattamm,
tu tambor, tatattamm.

Bramaba el pequeño,
gritaba la ausencia
de su madre ida –
y le llevaste agua
en tu bolsa de cuero.

Bebió y quiso más.
Otra bolsa de agua
fue la amistad.
Te siguió al agua
y después te seguía
donde fueras.

Sobrevivió los días duros.
Iba junto a los grandes
pero venía a ti
y acercaba su cabeza
a tu mano, a las piernas,
te tomaba el olor.

Los bisontes se alejaban,
a los meses volvían.
Y tu amistad creció
junto a tu amigo
cada vez más robusto,
este amigo infantil, fuerte
y gentilmente curioso.

Junto a él
ingresaste a la manada,
fuiste uno más junto a ellos,
en paz aceptaron tu porte,
tu figura erecta y tranquila
en medio de todos.

Incluso de adulto más tarde
venía a ti y aguardaba
que acercaras tu brazo, tu mano
a su nariz tibia,
y mirando atento
dejaba ser.

Lo viste durmiendo un día,
gozaba su siesta
en el sol de la tarde.
Parecía un chico de nuevo,
encorvado como estaba

la cabeza entre los pies.

Su piel café era roja
y las manchas oscuras negro,
así como la luz
contrastaba el verde brillante
de hierba y pasto.

Dormía.
Su imagen amiga
entró a tu conciencia
y se hizo un hogar
de fuerza y paz
en medio de ti.

Les diste nombres.
Descubriste el carácter
de uno en uno,
el tiempo que les tomaba
dejar que te acercaras,
el lugar del cariño,
la espalda, el vientre,
la frente o la nariz,
algunos nunca quisieron
que los toques,
de a poco te fueron diciendo
sus modos de ser.

Te sentabas a verlos.
Durante las lentas horas
de su interminable mascar
esculpiste sus volúmenes
en tu alma tranquila,
marcaste sus contornos
sobre superficies del sentir.

La lentitud de tu andar
te hizo uno de ellos.
Cuando te ibas finalmente
tu amigo te miraba
o se acercaba otra vez
y te tomaba el olor.

Todo fue tela para ti,
la arena en la playa,
el barro,
los troncos de los árboles,
cueros usados mil veces
o las rocas,
verticales o tendidas,
todo fue tela,
lugar de prueba,
lugar final,
recreaste en ellos
tus animales queridos,
tus animales hermanos,
sacaste de las superficies
el lenguaje de las aristas,
de colores y sombras,
arrancaste del silencio visual
la expresión
de tu enamorada fuerza,
imprimiste
sobre el presente
la validez de tu sentir.

Querías sonidos más bajos,
golpes más profundos,
querías reflejar
en la oscuridad del tono
la base de nuestro vivir,
querías decir
el ir y el venir
de lo que nos es,
los vientos otoñales
antes que comience el frío,
o de vuelta,
saliendo del invierno,
la gravedad
que nos genera.

Huesos más largos,
un tambor más grande,
cuántas cosas
te tuvieron ocupado
durante horas y días,
en busca del sonido
viril.

Y ahora
que lo tienes por fin
sales a caminar,
dejas todo botado
y respiras en lo alto
de tus montañas aireadas
la belleza de tu valle
allá abajo.

Fueron juntos todos
a la playa abajo,
amigos, amigas, niños,
vamos al agua,
vamos a la arena,
hagamos juntos el día
jugando bajo el sol.

Desde lejos se unieron
al paseo veraniego,
expectantes, alegres,
trajeron útiles, fruta,
historias nuevas,
inventos entretenidos,
incluso un pájaro herido
y muy joven para volar.

Cazaron, pescaron,
el día estuvo precioso
de risas y gritos,
comida y locuras,
y en la tarde
querían quedarse.

Alguien te preguntó
por tu tambor,
pero no lo habías traído,
no querías mezclar
música y mar,
expresión y libertad,
hoy quisiste sin tamtam,
hoy quisiste
todos juntos.

Supiste antaño
el círculo maravilloso
que movía tu vida
a través de calor y frío,
de oscuridad y luz,
el progreso sinuoso
desde el ayer
hacia el día que viene,
paulatino, lento,
como ganas de lo nuevo,
poco a poco
diciendo su verdad.

En las estrellas
lo supiste para siempre,
cómo en giro
cambian de lugar,
en el sol,
en la luna misteriosa,
y en tu amiga
alegría y enojo
yendo y viniendo.

Así giran también
sus caderas preciosas
cuando golpeas
tu tambor maravilloso,
tatatammm, tatatammm,
ebrio de este amor
que vuelve y vuelve,
como giro
siempre vuelve,
de nuevo y de nuevo,
tatatammm, tatatammm,
tammm, tammm.

Tu tambor grande
va diciendo
fuerza y sorpresa
de otro modo
al bosque sorprendido,
sus golpes viriles
resuenan lejos
entre los árboles,
o por encima del valle
viajan lejos,
pommm, pommm, po pommm,
pommm, pommm, po pommm,
pommm, pommm, po pommm,
majestuoso saludo
de la sangre indómita
cruzando oídos,
atravesando conciencias,
y ellos,
girando, preguntando,
qué es, dónde.

Pommm, pommm, po pommm,
tu corazón serio
golpeando sus latidos
al cuero inmenso,
mostrando vigoroso
el ir
de tu alma madura.

Gozas dormir.
De día, de noche,
apenas se da la hora
te dejas ir
a lo dulce, a lo profundo,
a la quietud
plena y satisfecha.

En el sueño
sumerges tus inventos,
tus ideas inconclusas,
tus anhelos inciertos,
dejas ir,
sueñas para siempre
lo que tenías asido.

La oscura marea
se lo lleva de ti,
te devuelve a lo pobre,
a la tibia desnudez,
te cubre y convence
en su modo blando,
íntimo y total.

En esta paz
una ola de ti
termina de llegar
y se transforma –
mientras una nueva
ya se anuncia
paulatinamente.

Montañas,
colina y valle
y más abajo el mar,
este es el hogar
que elegiste años atrás
para desplegar
tus intereses
entretenidos.

Casa
hizo bosque y playa,
un lugar
de vida y acciones,
el declive
en que prosperan
mujer y niños
y se escucha
un tambor.

Zona
de bisontes y encinas,
suaves pendientes
hacia agua y sombra,
hacia el sol, la luz, estrellas,
espacio
de fresas y manzanas
deliciosas.

Tiempo
en el que sumerges
las raíces
de tu sentir despierto,
momento
en el que hundes
la expresión
de tu carácter.

Lentamente
te apropiaste de la caverna.

Todos querían entrar,
conocer por sí mismos
el extraño hallazgo,
no había espacio ni tiempo
que diera cabida
a tanto grito y juego
en la extraña oscuridad,
los osados contaban
de pasadizos secretos
muy adentro,
de sombras y monstruos,
de huellas de oso y
tenebrosas formas.

Algunas muchachas
cocinaron y conversaron
al resguardo de la lluvia
en las semanas que siguieron,
niños jugaron aún,
pero de a poco volvieron
a la luz y el viento,
a la vida
amplia y conocida.

Lentamente
fue tuya.

La tempestad
del corazón.

No querías salir.
Días al comienzo,
semanas después, meses.
Tu amiga te pedía,
te decía no más antorcha,
no más colores,
vamos afuera,
volvamos
a los días de antes.

Rojo, negro, ocre,
buriles, pinceles,
otro, aquí,
no demoro mucho,
espera, alumbra,
ya vamos –
los días de tormenta.

Tus bisontes queridos.
La amistad callada
de estos animales poderosos
y cuidadosamente tolerantes.
Sus modos individuales.
La red que los une
y que a veces te incluía
silenciosamente.
El ser y participar,
reverencia a mediodía,
la experiencia indecible.
Volúmenes y vida.

Lloraste a veces al pintar,
gotas de felicidad
cayendo a la barba,
suspiros profundos
que a ella la asustaban,
la abrazabas
y se amaban
en la húmeda oscuridad.
Pero se cansaba,
es verdad,
y quería volver.

-

Solo.

La tormenta.
Hombros poderosos,
cuellos hechos de fuerza,
cuernos, pechos, ancas,
hembras grandes, atentas,
machos majestuosos,
otro aquí, aquí delante -
tiempo sin tiempo.

No sabe la sangre
de dónde viene,
a dónde va,
siempre pujando,
presionando adelante,
de nuevo empuñando
piedra o pincel,
diciendo la vida
en el techo,
diciendo tu vida
de amor y convicción
en trazos, tierras, carbones,
la vida de tus amigos
adorables
afuera en la pradera.

-

Saliste.
Cielo y bosque
estaban ahí mismo,
más chicos tal vez,
más luminosos
en toda la luz del valle,
y tú cansado,
casi sonámbulo,
apenas sonriente.

Fueron juntos
después, a veces,
en los meses venideros
te acompañó al espacio
tan de ambos
y se estuvo mirando
a tu lado,
asombrada.

Y tú,
ibas serio tú,
muchacho enamorado.

Te acercaste acechando,
como quien va de caza,
de a poco avanzaste
y pudiste verlo.

Tu hijo mayor
se había alejado,
tamtam, tamtam,
y aquí solitario
en medio del bosque
buscaba expresarse
en tu pequeño tambor,
tamtam, tamtam,
sus manitos
dando golpes
al cuero estirado.

No era parejo,
pero ya lo hacía sonar,
sabía ya soltar
el tono al aire,
buscaba ya
lo limpio, lo claro,
el gusto de la gracia,
tamtam, tamtam.

Orgullo y felicidad
detrás del árbol,
joven padre,
en medio del bosque,
tamtam, tamtam,
espiando.

Corteza, hojas, flores,
cáscara, pulpa, semillas,
raíces innumerables,
iba todo a la lengua,
a tu gusto indagador,
y unías
a la memoria de personas
o proyectabas sus caras
con esto o esto.

A veces llevabas
hierba o fruto
donde alguien débil,
frotabas o dabas a mascar,
y la anciana se sentía mejor
o un viejo te daba las gracias.

Incluso los niños
a veces
salían antes de la fiebre
o volvían a comer.

Cambiaste tu bolso
por uno más grande,
ahora llevabas más
y los olores
se mezclaban y sumaban
e invitaban a más.

Incluso el mismo cielo
parecía erguirse
cuando aspirabas
los aromas exquisitos.

Volviste
a tu sala preciosa,
como olas
de una tormenta que ya fue
te venían ganas
de hacer aquí, de hacer allá,
de sostener el buril,
de impregnar tus carbones,
tus tierras
al techo voluptuoso.

Tu amiga entró,
quiere sostener la antorcha,
que seas más libre –
asombrada mira lo que haces
pero calla.

Su suavidad te conmueve.
Pronto has soltado tus cosas
y la abrazas con ternura.

Afuera de la gruta
cae la lluvia.
La tarde se va
entre besos y cariños.

Cuando salen a la noche,
a las primeras estrellas
visibles entre nube y nube,
aún llevan en los labios
gusto a manzana.

Tuviste un invierno
muy largo una vez,
todos estaban cansados ya
del frío y de la nieve,
el viento seguía botando
los copos delicados
sobre árbol, pradera y camino.

El invierno
parecía llamarse leña.
Traían ramas y más ramas,
juntaban troncos, raíces,
todo iba al fuego,
de noche, de día,
conversando o en silencio,
a las llamas rojo-amarillas.

Traían animales caídos
por vejez o frío,
trabajaban mantas, paredes,
cocinaban, jugaban,
inventaban cosas,
lazos, bolsas, lanzas, anzuelos,
buriles, pinceles,
tierras y carboncillos,
pero ya nadie quería más.

Soñaban con el sol,
con los juegos felices
en la luz brillante
del verano rezagado.
Mirando a través
de los copos descendentes
parecías intuir
la fuerza que venía.

La primavera
pareció una explosión
de vigor y colores,
todo crecía y brillaba,
la felicidad abarcó
familia, árbol y riachuelo,
el mundo
fue amplio de nuevo
y decidieron viajar.

Visitemos
a nuestros amigos
aquí y allá,
veamos caminos y manadas,
salgamos a conocer,
vamos a lo lejos
pasadas las colinas,
crucemos ríos,
caminemos para siempre.

Fueron dos meses
de riqueza sobre riqueza.
Amistades preciosas
de simpatía y genio,
generosidad por delante,
niños jugando,
paisajes desconocidos
ingresados a la intimidad
del corazón.

Llegaron distintos
a la encina hogar.
Sacaste el tambor
y sabías qué hacer.

Al otro día
 fuiste a la caverna
 tu tambor grande en la mano,
 el chico en la otra,
 excitado ibas, apurado,
 a conocer tu destino
 allá dentro de lo oscuro,
 a salir de toda duda
 musical.

Te sentaste
 a la entrada de tu sala querida.
 Tensaste los cueros,
 probaste, amarraste y ya.
 Pommm.
 Sonaba muy fuerte
 y el eco te repetía,
 pommm,
 grandioso y viril,
 pommm, pommm,
 la columna espiritual.

Tatammm, tatammm,
 pommm,
 tatammm, tatammm,
 pommm,
 pommm.

Silencio.
 Pommm.
 Eco.
 Silencio.

Po pommm.
 Eco.
 Silencio.

Po pommm.

Toda la mañana.

Pommm,
 pommm en lo oscuro,
 pommm en la piel,
 pommm espiritual,
 po pommm,
 po pommm.

Tu amiga y otros
esperaban a la salida
con grandes ojos
y querían saber.
Pero tú no quisiste
decir.

Te sentaste
al borde de la manada,
junto
a tus bisontes queridos.
Comían tranquilos,
un paso aquí,
un paso allá,
todo el tiempo a su lado.

¿Qué hay de ti en ellos,
de ellos en ti?
¿Qué atrae tu atención
a sus hombros altos,
a sus ojos blandos,
a sus pechos de fuerza?
¿Es su seguridad,
su confianza al comer,
es el aire relajado
que los envuelve?

Lentamente se alejan
y tú les sigues,
vuelves a unirte
a su cercana red.
Las horas se esparcen
hacia la lontananza,
pero tu conciencia
se yergue hacia arriba
en admiración y paz,
en devota claridad.

La admiras.
La quieres.
Pero el pudor
cierra tus labios,
te impide decir
lo que ella
adora escuchar,
lo simple,
lo importante,
día a día
y de noche.

Dices que está
en el tambor,
en los colores,
en el valle
que has elegido,
en tu mirada
y tus pasos,
que está en todo,
pero ella sonrío.

Entonces
lo haces,
lo dices
claramente
y le miras
a los ojos,
pero
ella suspira
y de nuevo
sonrío.

Tu corazón va inmerso
 - pommm –
 en lo serio, en lo claro,
 va en un volumen espiritual
 ¡pommm!
 subiendo trascendente
 hacia más y más
 ¡pommm!
 llenando el silencio
 que recoge
 receptivo y cóncavo
 ¡¡pommm!!
 hacia arriba más -

o pommm delicado,
 pleno de alma,
 - pommm -
 atento, venerando,
 - pommm –

¡¡pommm!!
 viril, grande y amplio
 va vigoroso
 ¡¡pommm!!
 subiendo desde el pecho
 hacia el espacio arriba
 sacro y majestuoso
 ¡¡¡pommm!!!
 limpio, fuerte, serio,
 hacia más y más –

ahora blando de nuevo,
 - pommm –
 ahora dulce,
 - pommm -
 tu corazón excitado,
 muchacho espiritual,
 - pommm -
 va hacia el aire estival
 en que se expresa
 tu vida enamorada,
 - pommm -
 - pommm -
 pommm.

Estabas sentado
cruzado de piernas,
las manos tomando arena
y entre los dedos
dejándola ir.

El mar estaba brillante
de la luz del mediodía,
las olas venían a la playa
volcando su impulso
en blanco y ruido
hacia cerca de tus pies.

Observaste las gaviotas
sobrevolar la rompiente
de izquierda a derecha
y después de vuelta,
sus alas bien abiertas
y sus cabezas
levemente giradas.

La belleza del momento
te tenía contento,
mirando y sintiendo,
escuchando,
la arena deslizándose
entre tus dedos.

Un día te fuiste.

Tu amiga te lloró
delante de amigos e hijos,
no sabía parar.

Tus hijos adorables
te echaron de menos
y miraban a mamá.

Tu valle querido
quedó huérfano de ti
por tiempos inmensos,
nieve y sol,
playa, caverna y río,
los bisontes tranquilos
que tanto quisiste
no te encontraban
en ladera o pradera,
y tus tambores
se cubrieron
de polvo.

Tal vez un día
un hijo tuyo
retome tu música,
y enamorado lo diga
tam, tam, tam, tamm,
temeroso se le salga un
popopo pomm,
o cante sereno
pomm, pomm,
mensajes viriles
volando sobre el bosque
de un valle querido,
tamm, tamm, tamm,
la música del vivir,
tatatamm,
tamm.